

Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892-década de 1930)

Miranda Lida

Anuario Nº 28 / ISSN 1853-8835 / pp. 15-38 /2016

<http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>



Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892-década de 1930)

Circles of workers, nation, masculinity and mass Catholicism in Buenos Aires (1892-decade of 1930)

MIRANDA LIDA*

(Universidad Católica Argentina – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas); Argentina

lidamirand@gmail.com

RESUMEN

Los Círculos de Obreros constituyen una de las experiencias del laicado católico argentino sobre las que más se ha llamado la atención. Respondían a un nuevo tipo de asociacionismo católico, alejado de las antiguas cofradías de época colonial. Fundados en 1892 por el sacerdote redentorista alemán Federico Grote, recibieron el influjo del catolicismo social que se desarrolló en Europa a la luz de la revolución industrial. Este trabajo propone pensar la imbricación entre los Círculos de Obreros y el nacionalismo. En un contexto de fuerte fermento nacionalista, entre la crisis de 1890 y el Centenario, cobraron forma los Círculos de Obreros que, además, atravesarán y acompañarán, no sin dificultades, el proceso de nacionalización del catolicismo argentino que habrá de completarse hacia la década de 1930. Los Círculos de Obreros constituyeron la primera organización del laicado que aspiró a darse una estructura nacional, impregnada a su vez de fuertes valores nacionalistas. Además, tuvieron una destacada presencia en las calles en las

* Agradezco a los evaluadores anónimos del *Anuario*.

primeras décadas del siglo XX. Así, pues, estudiaremos la imbricación entre los Círculos de Obreros, el nacionalismo y el despliegue incipiente del catolicismo de masas en la Argentina.

Palabras clave: Catolicismo; Cuestión Social; Nacionalismo; Círculos de Obreros

ABSTRACT

The (Catholic) Circles of Workers are one of the most studied expressions of Catholic laity in Argentina. They were a new type of labor-based Catholic organization, in open contrast to traditional brotherhoods and pious associations. Established in 1892 by the German Redemptorist priest Federico Grote, they showed an acute social sensibility, derived from the changes brought about in Europe by the Industrial Revolution. This article poses that Circles of Workers and nationalism were strongly related. At a time of great expansion of nationalist ideas and sensibilities, since 1890 crisis, (Catholic) Circles of Workers went through and got along with the process of nationalization of Argentine society and Catholicism, which finally reached its peak in the thirties. (Catholic) Circles of Workers was the first lay organization with a national structure and in fact there were imbued by nationalist values. Moreover, they used to join and lead mass demonstrations in the streets. Thus, we will study in this article the relation between Circles of Workers, nationalism and mass Catholicism in Argentina.

Keywords: Catholicism; Social Question; Nationalism; Circles of Workers

1. Introducción

Los Círculos de Obreros constituyen una de las experiencias del laicado católico argentino que se conformó a fines del siglo XIX sobre las que más se ha llamado la atención en la historiografía del período. Respondían a un nuevo tipo de asociacionismo católico, alejado de las antiguas cofradías de época colonial, y en este sentido tenían más en común con el mutualismo de los inmigrantes que se desarrolló con ímpetu desde la segunda mitad del siglo XIX, antes que con cualquier otra forma de asociacionismo confesional preexistente. Pero con un ingrediente adicional que ha permitido que llamaran la atención de la historiografía ajena al universo católico: los Círculos no pudieron eludir interpelar a una variable que por antonomasia le era ajena al catolicismo, y más en los tiempos de vigencia del Concilio Vaticano I: la clase social. Fundados en 1892 por el sacerdote redentorista alemán Federico Grote, los Círculos recibieron el influjo del catolicismo social que se desarrolló en Europa a la luz de la revolución industrial y, más



específicamente, claro está, de la encíclica *Rerum Novarum* (1891), de León XIII. Ya sea que se los considere una respuesta defensiva ante el avance socialista, anarquista o comunista; ya sea que se les reconozca una significación que va más allá de ser una reacción al "temor rojo", los Círculos de Obreros constituyen un tema bastante transitado en la historiografía.¹

Este trabajo propone pensar la imbricación entre los Círculos de Obreros, la masculinidad (dado que se trata de una asociación católica eminentemente masculina) y el nacionalismo, puesto que creemos que tales relaciones son decisivas para explicar su actuación en los tiempos en que el catolicismo comenzaba a masificarse. Se trata de un período en el que el territorio argentino comenzó a estar mejor integrado gracias al Estado, la finalización del ciclo de guerras civiles que atravesó el país en el siglo XIX y también por los avances del ferrocarril. En lo cultural y en lo simbólico, también se trataba de un país algo mejor integrado, a pesar de que la inmigración de masas supuso todo un desafío para la cada vez más anhelada homogeneización cultural de la población. Sin embargo, el Estado contaba con algunas herramientas de gran utilidad para llevar adelante la tarea de nacionalizar su población: entre ellas se destacaban sobre todo la escuela pública, ya firmemente afianzada, y el servicio militar obligatorio que se establecería en 1901 por la ley Ricchieri (claro que en este último caso sólo estaba comprendida la población masculina, argentina o nacionalizada). Que en el catolicismo comenzara a jugar un peso relevante la idea de nación no puede resultar tan inesperado. Coincide con un período en el que comenzaba a despuntar el "primer nacionalismo" (cultural) argentino, según la tradicional expresión de Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, que tuvo sus primeras expresiones en la obra literaria de Martiniano Leguizamón (*Recuerdos de la tierra*, 1896, entre otros de sus títulos destacados), Rafael Obligado (autor del célebre *Santos Vega*, 1885) y Joaquín V. González (*La tradición nacional*, 1891, entre otros títulos de contenido nacionalista), todos ellos importantes precedentes de los exponentes más netos del nacionalismo argentino del "momento del Centenario", es decir, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas.² En un contexto de fuerte fermento nacionalista como el que se produjo entre la crisis de 1890 y el Centenario, pues, cobraron forma y crecieron los Círculos de Obreros que, además, atravesarán y acompañarán, no sin dificultades, el proceso de nacionalización y masificación del catolicismo argentino que habrá de completarse hacia la década de 1930. El período

¹ Auza, Néstor Tomás; *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*; Buenos Aires; Docencia- Don Bosco- Guadalupe; 1987. Vidal, Gardenia; "Ciudadanía y asociacionismo. Los círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912"; *Revista Escuela de Historia*; Universidad Nacional de Salta, N°5; 2006; entre otros trabajos.

² Payá Carlos y Eduardo Cárdenas; *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*; Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1978. Devoto, Fernando; *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*; Siglo XXI; Buenos Aires; 2002.



comprendido entre 1890 y 1930 es clave en este sentido para la historia del catolicismo argentino; coincide con la consolidación del proceso de construcción de la Iglesia argentina moderna, que se vio coronada por la visita del cardenal Eugenio Pacelli en ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de 1934.

Los Círculos de Obreros llamaron nuestra atención en dos sentidos, quizás no los más trabajados hasta aquí, puesto que el grueso de la historiografía sobre este tema se ha concentrado en su abordaje de la cuestión social: por un lado, constituyeron la primera organización del laicado católico en la Argentina que aspiró a darse una forma organizativa de dimensión y estructura nacional, impregnada a su vez de fuertes valores nacionalistas, como se verifica a través de la adopción del Himno Nacional como canto obligatorio en muchas de sus reuniones. Por el otro, tuvieron también una destacada presencia en las calles, en especial en las dos primeras décadas del siglo XX, previos a la conformación de las primeras asociaciones nacionales del laicado como la Unión Popular Católica Argentina o la Acción Católica Argentina. Así, los Círculos constituyeron una perfecta bisagra entre el despuntar del nacionalismo *fin de siècle* y la consolidación del catolicismo de masas en los años treinta. Comenzaremos por abordar las características singulares de los Círculos de Obreros tal cual los fundó Grote en 1892 para luego abordar sus transformaciones, a la luz de la modernización y masificación de la sociedad.

2. La idiosincrasia de los Círculos de Obreros y sus transformaciones (desde los primeros tiempos a los años veinte)

Los Círculos nacieron estrechamente vinculados a la iglesia porteña de Nuestra Señora de las Victorias, situada en las calles Paraguay y Libertad, Buenos Aires, una capilla que fue fundada en la década de 1870 como una humilde iglesia de asilo. Con la llegada de los sacerdotes alemanes redentoristas después del ochenta, que prestarían activa colaboración en la Revolución del Parque atendiendo los heridos de Plaza Libertad, situada a pocas cuadras de la iglesia, lograron hacerse de un lugar propio en el catolicismo porteño. La capilla se hallaba emplazada en el centro de Buenos Aires, pero estaba alejada de los enclaves más distinguidos de la época, cercanos a la calle Florida y Plaza San Martín. El primer local de los Círculos funcionó sobre la Avenida Santa Fe, cuando todavía se hallaba lejos de ser la Gran Vía del Norte. Este localización descentrada, a mitad de camino entre el centro y la periferia de la ciudad, facilitó su inicial labor socialcristiana que desde un comienzo se pensó como un eslabón para poner en contacto y vincular distintos sectores sociales. Estos intercambios se reflejarían, entre otras cosas, en sus actividades sociales,



sencillas, pero al mismo tiempo destinadas a elevar el nivel cultural de los socios. Un programa de una fiesta reglamentaria celebrada en un círculo de parroquia que tenía orquesta propia, pequeña pero bien preparada, ejecutaba arias de Giuseppe Verdi junto a otros fragmentos de ópera de Carl Maria Von Weber, además de breves representaciones teatrales (obras en un solo acto, juguetes cómicos, etc. de autoría de los propios socios) y ejercicios de declamación.³ No era muy diferente en última instancia a otras expresiones de la sociabilidad barrial del período, sean católicas, socialistas, anarquistas.

Así, la composición social de los Círculos fue desde un comienzo interclasista, otro rasgo que habrá de procurar mantenerse a lo largo del tiempo, pero no sin contratiempos. El hecho de que los Círculos se establecieran por parroquia, es decir, por barrio, favoreció su aspecto no clasista dado que estaban abiertos a todos los hombres del barrio, sin importar su actividad laboral –las mujeres no fueron incluidas como beneficiarias de la asociación, ni siquiera las trabajadoras domésticas, a las que se intentó llegar poco y mal–. Tan sólo en los barrios de composición obrera marcadamente homogénea los Círculos de Obreros llegaron a adquirir una connotación clasista —así el caso de la barriada de Avellaneda, donde el catolicismo social desplegó una amplia labor, encabezada por el cura lugareño, Bartolomé Ayrolo—. Pero en general, esto era más la excepción que la regla, en especial, en la ciudad de Buenos Aires. Así, no ha de sorprender que abogados y otros profesionales compusieran el núcleo fundador del primer círculo, como es el caso del doctor Santiago O´Farrell, que llegó a ocupar una banca en la Cámara de Diputados, en 1904, en la misma elección por circunscripciones uninominales que le daría un escaño al socialista Alfredo Palacios.

Un reglamento de los Círculos de 1896 distinguía tres categorías de socios, jerárquicamente considerados: honorarios (los notables de la asociación), protectores (que oficiaban de mecenas y colaboraban generosamente) y activos (los verdaderos cotizantes, pero con módicas cuotas). Los ingresos obtenidos se destinaban a varios fines: realizar actos festivos, en general mensuales, con conferencias y otras actividades, para los socios y sus familias (a ellos sí podían acompañar las mujeres); socorro mutuo en caso de enfermedad, con servicios de farmacia (en principio, los servicios prestados eran bastante rudimentarios, pero con el correr del tiempo, se complejizaron, en consonancia con los progresos habidos en la salud pública); gastos de entierro y funerales, para lo cual se erigiría un panteón; fundación de escuelas, en especial, para adultos (hubo mujeres de elite que apadrinaron estas iniciativas); cajas de

³ "Círculo de la Concepción", *El Pueblo*, 22 de marzo de 1903; "Círculo de Balvanera", *La Voz de la Iglesia*, 12 de febrero de 1901.



ahorro; bandas de música y agencias de colocaciones para desempleados.⁴ Contemplaron también proyectos para atender el problema de la vivienda obrera, si bien no avanzaron mayormente en este punto. Por su composición interclasista y por las funciones que atendía, pues, los Círculos se parecían más a una mutual –similar a tantas otras mutuales que existían en Buenos Aires para la misma época, comenzando por las que establecieron las distintas comunidades de inmigrantes– que a un sindicato obrero.

De hecho, en los Círculos existían fuertes reticencias a aceptar la idea de formar sindicatos católicos, y más si estos adoptaban un perfil obrerista, puesto que se temía que se los confundiera con sociedades "de resistencia", y que no gozaran de la respetabilidad que los notables esperaban de una organización "obrero", pero católica. Más contundente era todavía su desconfianza hacia cualquier medida de fuerza. Estas reticencias hacían pasar a los Círculos por puramente amarillistas, en especial en la prensa socialista. En más de un sentido lo eran, pero está claro que los Círculos tampoco se agotaban en ello. Jugaron, también, un papel muy activo en la promoción de legislación obrera, para lo cual elevaron un sinnúmero de petitorios al Congreso en pos de tal o cual norma que regulara la extensión de la jornada laboral, el trabajo de mujeres y niños, el descanso dominical, entre otros ítems. Optaban por la vía legal y negociada, antes que cualquier medida de fuerza en la que evitaban recaer a toda costa. El desarrollo de ideas reformistas en la elite del novecientos ayudó a que la postura socialcristiana encontrara un cierto eco en los primeros años del siglo.⁵ Pero, claro está, ello se produjo al precio de ganarse muchos enemigos. Los Círculos fueron acusados de ser los bufones de los patrones, una acusación que ponía en jaque mucho de su legitimidad: no pudo ser ignorada por sus voceros e intelectuales más lúcidos.⁶

Tanto es así que no faltaron voces críticas incluso en ámbitos católicos. Así lo revelan las tensiones desatadas entre los Círculos y la Liga Democrática Cristiana (LDC), asociaciones que si bien nacieron, ambas, estrechamente asociadas al nombre de Grote, pronto se bifurcaron. La fractura entre el catolicismo social reformista e interclasista de los Círculos, y otro algo más radical (al menos, más clasista, como era el caso de la LDC), rememoraba en un lejano eco las escisiones que tuvieron lugar en la misma época en el socialismo internacional –así, el célebre debate entre Eduard Bernstein y Karl Kautsky en la Alemania guillermina–. La

⁴ *Reglamento de los Círculos de Obreros de la República Argentina*, Buenos Aires, Tipografía Salesiana del Colegio Pío IX, 1896.

⁵ Zimmermann, Eduardo; *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*; Sudamericana- Universidad de San Andrés; Buenos Aires; 1995.

⁶ Pía Martín, María del Carmen; *Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario- Buenos Aires, 1892-1930*; Tesis de doctorado; UNR; 2012. Rapalo, María Ester; *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria 1918-1930*; Siglo XXI; Buenos Aires; 2012.



Liga tenía un perfil más plebeyo, incluso con algún costado criollo, y las diferencias saltaban a la vista, puesto que promovió desde sus inicios la formación de sindicatos clasistas, e incluso aceptó la legitimidad de la huelga. Para dar cuenta de sus diferencias basta con contrastar el perfil de Sebastián Monteverde, cura de Balvanera, en una parroquia que fue epicentro de un grupo de la Liga muy activo a comienzos de siglo, con el de Miguel De Andrea, uno de los sacerdotes más conspicuos de los Círculos. Monteverde llegó al punto de rechazar el título de Monseñor que se rumoreaba que estaban por concederle, puesto que se reivindicaba “demócrata cristiano”, y por consiguiente, decía, no podía sino mostrarse ajeno a cualquier expectativa de alcanzar honores en la jerarquía eclesiástica: “Sin aspiraciones de títulos, quiero la acción popular cristiana para que Jesucristo reine en todos los corazones”.⁷ Perfecto contrapunto con un De Andrea que hizo de los Círculos un jalón importante para su ascenso en la jerarquía eclesiástica, en un momento en que comenzaron a gozar de creciente respetabilidad entre las elites sociales y políticas.

Puesto que, en efecto, llegaron a tender lazos con el Jockey Club, que se comprometió a apadrinar algunas de sus iniciativas.⁸ No ha de extrañar, pues, encontrar en *Caras y Caretas* las noticias de los diferentes eventos organizados por los Círculos de Capital: *promenades- concerts*, conferencias, actos sociales. Claro que desde otra óptica a esto mismo se lo denunciaba como mero paternalismo, incluso del más vulgar. La fuerte presencia que las elites sociales y políticas tenían en los cargos directivos de los Círculos no dejaron de provocar tensiones: había quejas recurrentes porque los obreros ocupaban sitios incómodos en las asambleas, mientras que se reservaban los mejores a los señores y doctores de las comisiones directivas⁹.

Por muchas razones, pues, los Círculos se toparon con dificultades. En Buenos Aires, tan sólo las parroquias de la Concepción, Belgrano, Santa Lucía, San Cristóbal, Balvanera, Palermo y Flores habían constituido su respectiva sede para 1905, a la que debe sumársele el Círculo Central –llevaba este nombre la primera fundación, que databa de 1892 y que en 1907 se mudaría a la calle Junín 1063, una sede austera pero elegante, costeadada en buena medida por la señora Elortondo de Ocampo–. En el interior, su presencia se concentró en las ciudades de mayor peso demográfico, en especial, las capitales de provincia, pero no fue mucho más allá: rara vez alcanzó ámbitos rurales, si bien en Tucumán se conformaron algunos círculos

⁷ “Del señor Pbro. Monteverde”, *El Pueblo*, 22 de febrero 1903, p. 2. Al respecto, Lida, Miranda; *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo*; Edhasa; Buenos Aires; 2013.

⁸ “En pro de los obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 19 de septiembre de 1905.

⁹ Un ejemplo, *El Pueblo*, 15 de septiembre de 1907.



cercanos a los ingenios azucareros.¹⁰ Así, la distribución a lo largo del país fue desigual. Para su fundación y legitimación social se recurrió a las autoridades eclesiásticas, que le prestaron su apoyo, incluso muchas veces con la presencia de los sucesivos nuncios. Sobre estas bases, procuraron presentarse como una asociación católica de alcance nacional, la primera de este tipo que celebraba congresos periódicos, tenía estatutos propios y se extendía por todas las diócesis del país al mismo tiempo. La federación de las asociaciones católicas, múltiples y dispersas en general, era una auténtica aspiración de la jerarquía eclesiástica argentina, según revela una carta pastoral del episcopado de 1902, y los Círculos eran los que mejor preparados se encontraban para procurar alcanzarla.¹¹

Sin embargo, por sí solos eran insuficientes para integrar y nacionalizar el catolicismo argentino. Éste se hallaba atravesado por varias líneas de falla que impedían su reducción a la unidad. Por un lado, cuenta el hecho de que los Círculos de Obreros integraran poco y mal a las mujeres. Grote fundó los Círculos como una asociación eminentemente masculina, en la que las mujeres (las esposas de los socios) tan sólo podían participar en sus actividades sociales, no así en las demás. Siquiera estaban autorizadas a asistir a las peregrinaciones que los Círculos organizaban anualmente en Luján: "solo hombres", se publicaba a modo de advertencia en la prensa católica. Tan sólo cuando Miguel De Andrea comenzó a oficiar de secretario del Círculo Central, en 1902, comenzó a abrirles muy lentamente las puertas a las mujeres. Pero ya era tarde para intentar borrar la impronta masculina que Grote les dio en sus inicios a los Círculos de Obreros. Claro que la distinción según género no debería sorprender, puesto que era sumamente frecuente en la época, y más en ámbitos católicos, por tradición conservadores en cuestiones de género. Los clubes católicos de caballeros y sus cofradías, los sucesivos ensayos de conformar un partido político católico –un terreno eminentemente masculino por definición, en la época–, las conferencias y peregrinaciones sólo para hombres, etc., dan cuenta de la existencia de un catolicismo masculino difícilmente integrado que se maneja con sus propios códigos y normas, algunos más caballerescos, más burgueses, otros más plebeyos. (A pesar de sus ostensibles diferencias en el estilo, todas coincidían en transmitir una serie de valores acerca de lo que debía ser un hombre católico, honrado, trabajador, respetuoso del prójimo y de las jerarquías sociales explícitas o implícitas, alejado de los "vicios", ya fuere el alcohol o el juego por dinero, en especial el ilegal.)

¹⁰ Roselli, Silvana; "Catolicismo social en el obispado de Pablo Padilla y Bárcena. Tucumán, 1897-1921"; *Segundas Jornadas de Historia Social*; La Falda; 2009.

¹¹ "Pastoral del episcopado argentino. Federación de asociaciones católicas", *La Revista Cristiana*, 8 de noviembre de 1902.



Más todavía: al mismo tiempo que los Círculos relegaron a las mujeres a un papel secundario, incluso decorativo, no le dieron ningún reconocimiento especial a las comunidades de inmigrantes, y lo mismo cabe decir de sus formas de identidad étnica y sus diversas lenguas, que en algunas parroquias jugaban, sin embargo, un papel de primer orden. Las bolsas de trabajo de los Círculos recibían extranjeros recién llegados de todas las nacionalidades, sin hacer distinción alguna según su procedencia. Así, dos actores de gran importancia para el catolicismo del novecientos, las mujeres y los inmigrantes, no tuvieron ningún lugar destacado en los Círculos fundados por Grote. Cuando en 1904 comenzaron a celebrar sus periódicas peregrinaciones a Luján, los Círculos solían concluir el paseo con el canto del Himno Nacional, en una clara estrategia para nacionalizar a la población. La bandera blanca de los Círculos, que se contraponía simbólicamente a la roja, solía ir acompañada de la bandera argentina en sus movilizaciones, pero no había lugar alguno para las banderas propias de los inmigrantes.

Los Círculos constituyen de todas maneras un enclave decisivo para analizar los vínculos entre catolicismo y nación. Su composición interclasista y su proyección por sobre todo el territorio fueron fundamentales en este sentido, así como otra serie de transformaciones que atravesaron en sus dos primeras décadas. Tanto es así que para el Centenario no sólo gozaban del respaldo de los sectores sociales más encumbrados, sino que además llegaron a tejer estrechos vínculos con el poder. El presidente Sáenz Peña, próximo al movimiento católico, estuvo presente, por ejemplo, en la ceremonia de inauguración de una modesta sede barrial de los Círculos de Obreros, de la parroquia de San Cristóbal, en Balvanera. El vicepresidente Victorino De la Plaza tuvo por su parte un gesto similar cuando se acercó a la iglesia de Santa Felicitas para inaugurar un comedor popular.¹² El gobierno reformista, impulsor de la ley electoral de voto secreto y obligatorio que sería sancionada en 1912, veía con buenos ojos acercarse a una institución como los Círculos de Obreros que combinaba su retórica popular, si bien no clasista, con sus modales burgueses.¹³ El Círculo Central ilustra este aspecto: estrenó en 1907 su nueva sede de la calle Junín a pasos de Avenida Santa Fe con sala de cine de primer nivel para la época –tenía palcos, galería y finas butacas–, frecuentada

¹² "Círculo de Obreros de San Cristóbal", *El Pueblo*, 23 de julio de 1911, p. 1; "Cocinas para obreros. Acto inaugural", *El Pueblo*, 16 y 17 de agosto de 1911, p. 1.

¹³ Devoto, Fernando; "De nuevo el acontecimiento. Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912"; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*; N° 14; 1996; pp. 93-113.



por gente de distintas clases sociales, desde familias acomodadas hasta otras de perfil más humilde, si bien en ascenso.¹⁴

Esto no significa que, de tanto acercarse a las elites, los Círculos se apartaran de la acción social entre los sectores populares. Se preocuparon por el alza en los precios de los productos básicos que consumían las familias más humildes y fomentaron el cooperativismo, a fin de poder proporcionar precios más ventajosos que los que ofrecían las grandes tiendas comerciales. El cooperativismo se hallaba en franca expansión, tal como puso en evidencia en 1911 la fundación del Museo Social Argentino, que abogaría por un abandono del liberalismo doctrinario, en pos de introducir moderadas reformas e iniciativas inspiradas en el colectivismo y el mutualismo.¹⁵ En neta sintonía con estas tendencias –los lazos entre el Museo Social y el catolicismo fueron muy estrechos–, los Círculos de Obreros fundaron en 1912 "La Cooperación", una cooperativa que ofrecería alimentos y otros enseres domésticos con descuentos de al menos un diez por ciento. Siempre con un sesgo reformista, alentaron también la legislación social en torno de diferentes temáticas: fijación de la jornada laboral, respeto por el descanso dominical (un reclamo de larga data, ya fuere con argumentos teológicos o higiénicos, puesto que en este punto ambos se solapaban sin provocar mayores estridencias), protección al trabajo de niños y mujeres, jubilaciones, seguros de enfermedad y accidente, vivienda y establecimiento de agencias de colocaciones reconocidas por el Estado.¹⁶ El arribo de Arturo Bas y Juan F. Cafferata a la Cámara de Diputados en 1912 permitió que muchas de estas demandas comenzaran a encontrar eficaces tribunos parlamentarios; la labor de estos dos diputados cordobeses del Partido Constitucional (católico) guardó estrecha relación con los reclamos de los Círculos de Obreros en más de un sentido.¹⁷

Por otro lado, en 1912, la llegada a los puestos directivos de los Círculos de Monseñor Miguel De Andrea como director espiritual, y de Alejandro Bunge, que quedará a cargo de la Junta de Gobierno de la institución, no puede ser minimizada, puesto que Bunge no sólo era economista sino que además estaba en contacto con el Departamento Nacional de Trabajo (DNT), con el que colaboraría en el área de estadísticas. Las nuevas autoridades, que dieron lugar a recelos por parte de quienes hubieran preferido la continuidad

¹⁴ "En el barrio del Norte", *El Pueblo*, 4 de junio de 1908, p. 2.

¹⁵ Zimmermann, Eduardo; "Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916"; Sudamericana- Universidad de San Andrés; Buenos Aires; 1995; pp. 74-78.

¹⁶ "Legislación obrera. Proyectos de ley que esperan la sanción de la Cámara", *El Trabajo*, Agosto de 1913, pp. 1-2.

¹⁷ *Acción parlamentaria del Dr. Arturo M. Bas, diputado nacional por Córdoba (1912-1916)*; Talleres Rosso; Buenos Aires; 1915.



de Grote, su fundador, en lugar del joven De Andrea, a quien se acusaba de dar prioridad a sus contactos entre las clases altas, debieron atajarse de las críticas que rondaban la institución. No ignoraban las acusaciones de ser amarillistas y de estar atados al paternalismo de los patrones. Contra ello, Bunge propuso que los propios obreros tuvieran participación a nivel directivo en los Círculos de Obreros, y que los altos cargos no quedaran confinados en manos de los notables, como había ocurrido hasta ahí.¹⁸ Los nuevos dirigentes alentaron también la formación de "verdaderos" sindicatos según se decía, algo que durante la gestión de Grote había provocado áridas discusiones, en especial luego de la fundación de la Liga Demócrata Cristiana. Desde 1912 se proyectó establecer una federación sindical asociada a los Círculos, que recién sería fundada en 1917 bajo el nombre de la Federación Profesional Argentina (FPA). En ella prevaleció un tono conservador, como era de esperar: la aceptación de los sindicatos como vía válida para los reclamos de las clases trabajadoras conviviría con la condena hacia la huelga, en tanto que medida de fuerza gremial. Como dijera el propio De Andrea, años después, se trataba ante todo de armonizar capital y trabajo: "les hablábamos de deberes más que de derechos".¹⁹

Otra novedad que trajo consigo la nueva gestión fue la intención de interpelar mejor a las mujeres, con quienes De Andrea tendió estrechos lazos desde comienzos de siglo, pero sin que se les reconociera lugar alguno en los Círculos. En este sentido, la incorporación de Celia Lapalma de Emery, una figura destacada de la labor socialcristiana femenina, como colaboradora estable en el boletín de los Círculos, no es un dato insignificante. Lo mismo cabe decir de la colaboración que le prestaron a la Caja Dotal de Obreras, una iniciativa de María Unzué de Alvear para promover el ahorro y las "sanas" costumbres entre las trabajadoras. Por otro lado, se destaca una marcada preocupación por integrar mejor a los inmigrantes ultramarinos, en especial, a los italianos, que gracias a los Círculos podrían encontrar a su llegada al país agencias de colocaciones en su propio idioma –esta era la novedad–, para facilitar su búsqueda de empleo, pero la iniciativa no tardó en despertar suspicacias en las mutuales italianas, que vieron esto como una

¹⁸ "Círculos de Obreros. Discurso del Ingeniero Alejandro Bunge", *El Trabajo*, septiembre de 1913, pp. 5-7. Las tensiones entre el papel de los notables en las organizaciones católicas, y las presiones democratizadoras, en la década del Centenario, también se observan en el Partido Constitucional, ensayo de partido católico de la hora, estrechamente vinculado a los Círculos de Obreros. Al respecto: Castro, Martín; "Contra la apatía de los buenos: católicos y política partidaria en la ciudad de Buenos Aires, 1902-1918"; *Boletín PolHis*, N°11, primer semestre de 2013; pp. 215-235. Lida, Miranda; *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo*; Edhasa; Buenos Aires; 2013.

¹⁹ De Andrea, Miguel; "Europa, la Argentina, la familia"; *Obras Completas*; vol. 3; Editorial Difusión; pp. 163-164.



amenazadora competencia.²⁰ Era un primer intento, si bien sumamente tardío, de atender a los inmigrantes desde los Círculos de Obreros.

Bajo la dirección de De Andrea, también se tomaron medidas para mejorar la disciplina interna. Se procuró integrar y acercar los distintos Círculos de todo el país, a través de una publicación de propaganda de distribución gratuita (*El Trabajo*) que serviría para homogeneizar el discurso de la institución, ya fuese hacia adentro de cada círculo, como hacia afuera, de cara a la sociedad. Hubo también en la nueva gestión una preocupación muy fuerte por someter a controles el funcionamiento interno de cada círculo, exigiéndoles que cumplieran adecuadamente con sus funciones mutuales, puesto que había denuncias de que por escasez de recursos, muchos habían dejado de brindar los servicios de salud que debían atender reglamentariamente.

No menos importante fue la difusión de valores patrióticos. Este sesgo no era nuevo en los Círculos –recordemos que el Himno Nacional estaba integrado a sus actividades–, pero De Andrea se encargó además de recalcar la necesidad de izar la bandera en las fiestas cívicas y ofrecer conferencias de contenido patriótico.²¹ Era la asociación católica que se encontraba mejor preparada para difundir valores patrióticos y nacionalistas, gracias a su composición interclasista, a la vez que cosmopolita: puesto que no estaban atados a ninguna identidad étnica, regional o de clase, podían colocar la bandera argentina por encima de todo. No debería sorprender en este contexto que una institución como los Círculos de Obreros viera con malos ojos el crecimiento de la inmigración y sugiriera la necesidad de establecer trabas legales al ingreso de extranjeros, puesto que los consideraban una causa directa del aumento de la desocupación, dada la creciente demanda de trabajo impulsada por los recién llegados: el boletín *El Trabajo* no vaciló en privilegiar la mano de obra nacional en desmedro de los extranjeros, que antes de la Primera Guerra Mundial llegaban al país masivamente, ávidos de puestos de trabajo.²²

Aún con todas sus debilidades, el alcance nacional de los Círculos se afianzó sobre el territorio en las primeras décadas del siglo: desde 1900 a 1914, se duplicó su número de socios, hasta sobrepasar los veinte mil en todo el país, distribuidos en setenta círculos localizados en espacios urbanos, en la mayoría de los casos. Su crecimiento coincidió con una oleada de expansión de las sociedades de socorro mutuo en la

²⁰ "Contra los Círculos de Obreros", *El Trabajo*, enero de 1913, p. 5; "Los Círculos en Roma", *El Trabajo*, marzo de 1913, pp. 1-3.

²¹ "Consejo general de los Círculos", *El Pueblo*, 9 de mayo de 1913.

²² "Para la mejor organización del mercado de trabajo", *El Trabajo*, julio de 1913, pp. 1-2.



Argentina. No obstante, si uno coloca a los Círculos en este panorama general, podrá advertirse que su crecimiento no fue tan extraordinario, si se comparan los datos existentes con los de otras asociaciones que verificaron un pico de expansión hacia 1914, según los datos disponibles.²³ Podemos pues relativizar los éxitos alcanzados por los Círculos de Obreros puesto que en el cuadro general de las mutuales existentes en la época, reunían a poco menos del 10 por ciento del total de afiliados. Su crecimiento en números absolutos, pues, pierde densidad en cuanto lo situamos en una perspectiva más amplia. Sin embargo, componían una de las principales columnas que articulaban el catolicismo argentino del Centenario a lo largo del país, a falta de otras organizaciones del laicado de mayor envergadura.

Otras asociaciones católicas, si bien más efímeras, que procuraron apuntalar el vínculo entre catolicismo y nación en los años del Centenario fueron los coros y las bandas de música que, engalanados para la ocasión, acompañarían las columnas de los Círculos de Obreros en sus movilizaciones callejeras, ya fueren las bandas parroquiales o de colegios católicos. Uno de sus cantos recurrentes era, de hecho, el Himno Nacional. Los salesianos jugaron un papel decisivo en su organización, entre los alumnos y ex alumnos de sus colegios de varones, así como también en las parroquias que tenían a su cargo en Buenos Aires. Ritmaban las movilizaciones católicas y les daban un cierto color, al mismo tiempo que le imprimían un sello de respetabilidad que hacía que, de esta manera, las movilizaciones no pudieran pasar por ser perturbadora del orden. Hacia mediados de la década de 1910, comenzaron a aparecer acompañados, además, por los exploradores de Don Bosco que, prolijamente uniformados, marchaban y hacían acrobacias gimnásticas.²⁴ Coros, música, gimnastas y exploradores se hacían eco del creciente activismo de sectores medios que, temerosos de los desbordes que podrían producirse en una sociedad que avanzaba hacia su democratización, se volcaban a hacer un uso de la calle en el que se esforzaban, adrede, por cuidar las formas. Las presiones democráticas, tanto en un sentido político, como social e incluso cultural, constituyeron el principal desafío que el catolicismo intentaría encauzar en los años que sucederían a la Ley Sáenz Peña. En este contexto, los Círculos de Obreros tuvieron un papel protagónico: contribuyeron a tornear el movimiento católico de masas, puesto que en las primeras décadas del siglo XX las calles católicas eran un territorio masculino casi por definición, al igual que lo era la composición de los Círculos fundados

²³ González Bernaldo de Quirós, Pilar; "El momento mutualista en la formación de un sistema de protección social en Argentina: socorro mutuo y prevención subsidiada a comienzos del siglo XX"; *Revista de Indias*, N°257; 2013; pp. 157-192. Coni, Emilio; *Higiene Social. Asistencia y previsión social. Buenos Aires caritativo y previsor*; Imprenta Spinelli; Buenos Aires; 1918.

²⁴ *Cincuenta años de acción educativa de un colegio salesiano en la República Argentina: El Colegio Pío IX gráfico*, Buenos Aires, 1926; "Exploradores y gimnastas de Don Bosco", *El Pueblo*, 13 de diciembre de 1917.



por el padre Grote. Sobre el papel de los Círculos de Obreros en el naciente catolicismo de masas que se consolidaría en el período entreguerras nos detendremos a continuación.

3. Los Círculos de Obreros salen a las calles

Los Círculos de Obreros fueron un actor clave para el crecimiento de las movilizaciones católicas desde los últimos años del siglo XIX y, en especial, en los albores del siglo XX. Organizaron todo tipo de manifestaciones callejeras; entre ellas cabe mencionar, en especial, su presencia habitual en la Plaza de Mayo y alrededores en ocasión de las fiestas de Semana Santa y Corpus Christi, así como también su movilización anual al santuario (así llamado "nacional") de la Virgen de Luján. En Semana Santa, salían a las calles para cumplir rigurosamente la tradicional visita a los sagrarios de Jueves Santo, para lo cual formaban una compacta columna que desfilaba por las principales iglesias céntricas de la ciudad, y solía concluir su marcha con una concentración frente a la catedral, donde el arzobispo les daría su bendición. La ceremonia finalizaba con el canto masivo por parte de la concurrencia del Himno Nacional. Era una movilización pura y exclusivamente masculina que recorría el centro de la ciudad y sus principales iglesias (entre ellas, la Catedral, la Merced, San Ignacio, Santo Domingo, San Miguel). Hacia 1900, podía participar en ella cualquier hombre, aún cuando no estuviera enrolado en los Círculos: la amplia convocatoria sería sintomática del crecimiento del catolicismo de masas en los albores del siglo XX.

En Corpus Christi solía ocurrir algo parecido, con el añadido de que se trataba de una fiesta que tenía un regusto oficial, puesto que esta festividad solía coincidir con las fechas patrias (25 de Mayo o 9 de Julio, de acuerdo con las variaciones del calendario litúrgico), lo cual ensalzaba más aún su contenido nacionalista: consideraremos por ejemplo lo sucedido en el año del Centenario, donde el Corpus se celebró en las calles en medio de una oleada de fervor patriótico. Sus filas estuvieron nutridas por los Círculos de Obreros, que proporcionaron el esqueleto básico de las columnas masculinas (fundamentalmente masculinas en todos los casos) que salieron a la calle en esa ocasión. De tal manera que no es necesario aguardar a la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 (como se ha dicho muchas veces, en especial, en algunas memorias de época) para advertir que los varones católicos tomaban con regularidad las calles céntricas de la ciudad de Buenos Aires. Claro que su presencia fue creciendo con el tiempo, y eso ayudó a que se volviera un lugar común la idea de que el catolicismo de las dos primeras décadas del siglo XX era una cuestión de mujeres mojigatas y nada más; no obstante ello, las fuentes



demuestran que, muy por el contrario, la Iglesia Católica y sus instituciones de varones sacaron regularmente gente a las calles, dándoles un protagonismo que con el tiempo habrá de acentuarse, aún a riesgo de que las movilizaciones se tornaran más caóticas e indisciplinadas, cuanto más masivas resultaran. Donde mejor se advirtió esta cuestión fue en el Corpus que sucedió inmediatamente a las fiestas del Centenario de 1910. Con la participación de los hombres de los Círculos de Obreros, que acompañaron la celebración, no fue una procesión ordenada, donde la gente desfiló en silenciosa oración, sino que se caracterizó por el bullicio de una destacada participación masculina:

“Una enorme multitud comenzó a congregarse ante el palacio del arzobispado. Se escucharon voces que pedían hablara Monseñor Jara, Monseñor Romero, Monseñor De Andrea, Monseñor Piaggio. La multitud crecía por momentos y redoblaba sus pedidos. Monseñor Jara apareció en el balcón y fue saludado con una salva de aplausos [...] habló haciendo resonar su potente acento en fervorosos arranques de patriotismo [...] sintiéndose la muchedumbre contagiada por aquella majestuosa palabra que henchía los corazones de entusiasmo delirante. En seguida la multitud que ya iba tomando un incremento colosal en un clamoreo que imponía, pedía que hablara monseñor De Andrea. [...] [Sus] palabras causaron un entusiasmo que rayó en el delirio y *la inmensa muchedumbre formada en su casi totalidad de hombres* no cesaba en sus vítores y aplausos hasta que monseñor De Andrea con otro arranque pidió para terminar [...] entonasen juntos el himno nacional. La multitud cantó y después prorrumpió en nuevas manifestaciones de aclamación.”²⁵

El Himno nacional, bien instalado en todas las celebraciones de los Círculos de Obreros desde los primeros años del siglo XX, contribuyó a darle su tono (nacionalista) al catolicismo de estas décadas. El fervor callejero y nacionalista que sacaron a la calle se verificó también en la peregrinación anual que realizaban al santuario "nacional" de Luján, por ese entonces el principal epicentro de las peregrinaciones religiosas de la Argentina, en especial, en la región pampeana. Los Círculos combinaban la peregrinación al santuario con la procesión y la manifestación por las calles céntricas de la capital: una vez que el contingente de viajeros regresaba de la basílica de Luján al centro de la ciudad capital y se apeaba en la estación del ferrocarril, solía ser aguardado por otros que, quizás por no haber podido pagar el boleto de

²⁵ “La procesión del Corpus”, *El Pueblo*, 26, 27 y 28 de mayo de 1910. El destacado es nuestro.



tren para ir al santuario o simplemente por no haber madrugado lo suficiente —las peregrinaciones solían partir en horas muy tempranas—, se aprestaban a sumarse a las filas de manifestantes que desfilarían por el centro de la ciudad, por la Avenida de Mayo en dirección a la catedral. A medida que las columnas avanzaban, nuevos manifestantes se sumaban a las filas, engrosándolas. El desfile de los Círculos permitía recorrer la elegante Avenida de Mayo y arribar a la Plaza donde se saludaba al arzobispo y se escuchaban las arengas de los oradores de turno.²⁶ Era todo un ritual de movilización masculina que solía culminar con una serie de “vivas”, dirigidos o bien a los sacerdotes más populares, o a los líderes del catolicismo social que solían acompañarlos: Monseñor De Andrea, los diputados nacionales Arturo Bas y Juan F. Cafferata, entre otros nombres.

El crecimiento de las movilizaciones católicas de los Círculos de Obreros en la década del Centenario se tradujo en la incorporación creciente de recursos para hacer más atractivas las movilizaciones: propaganda a través de volantes y publicaciones en la prensa, organización coordinada a través del entramado de cada uno de los círculos parroquiales, la coordinación de los viajes en tren para los participantes que provinieran de las afueras de la ciudad —se negociaban tarifas subsidiadas por cantidad, como era habitual en este tipo de eventos— e incluso se preveía, en el caso de las peregrinaciones a Luján, que implicaban un paseo que duraba varias horas del día, que los peregrinos contaran con servicios gastronómicos adecuados y entretenimientos varios, torneos deportivos, visitas a museos, etc. Puesto que la composición de los Círculos, ya sabemos, era exclusivamente de varones, en este contexto, no es de extrañar que encontremos casos en los que las peregrinaciones a Luján incluso iban acompañadas por torneos de tiro.

Otro de los ingredientes que no tardaría en sazonar las peregrinaciones católicas, en especial a partir de la década del Centenario, cuando comenzaron a crecer de envergadura y requirieron una logística más sofisticada, fue la sistemática incorporación de las bandas de música que acompañarían el paso de las columnas callejeras. Tenían por función ayudar a garantizar que el movimiento de gente se mantuviera ordenado, una preocupación constante entre los organizadores (no es casual que se designaran militantes católicos con el puesto de "comisarios de filas" cuya función era preservar el orden y la disciplina en las calles, al mismo tiempo que evitar cualquier tipo de incidentes, algo sin embargo difícil de lograr

²⁶ “La grandiosa demostración del domingo”, *EP*, 13 y 14 de octubre de 1913; “El imponente desfile del domingo”, *EP*, 21 y 22.V.1916; “El gran desfile de los Círculos de Obreros”, *EP*, 21 y 22 de mayo de 1917.



plenamente, dado el importante número de personas que podían llegar a participar en ocasiones). Una peregrinación con apenas muy escasas bandas musicales corría el riesgo de perder todo atractivo. Las bandas eran capaces de lograr la atracción espontánea del público, a fin de que se sumara a las filas sobre la marcha, engrosando las columnas; una peregrinación importante podía llegar a tener hasta 10 bandas musicales al mismo tiempo, que hacían las veces de fanfarrias. A veces se usaban bandas propias, es decir, organizadas en los grupos parroquiales de los Círculos de Obreros, o bien también podía recurrirse a otras entidades católicas, como los exalumnos de los colegios salesianos, que tenían las mejores bandas musicales católicas de Buenos Aires —su presencia se volvió infaltable en las calles—. En su defecto, se recurría a la de la Policía, o bien al Ejército, o al gobierno municipal, que las proveían con frecuencia a muy diversas entidades católicas. Puede advertirse pues que las movilizaciones católicas de masas demandaron un vasto esfuerzo logístico; los Círculos de Obreros, si bien con las limitaciones ya señaladas, ocuparon un lugar de relieve en su organización en las primeras décadas del siglo.

Así, cuando en 1916 se celebró en Buenos Aires el primer Congreso Eucarístico Nacional, no ha de sorprender que los Círculos tuvieran un papel protagónico entre todas las columnas masculinas que se movilizaron por las calles durante el congreso: desde hacía años componían la asociación católica de varones que más vasta experiencia tenía en la movilización callejera y ciudadana. Ese año 1916 fue, además, especialmente significativo para los Círculos de Obreros, puesto que se plegaron al activismo político de un año electoral clave en el que por primera vez se elegía presidente según la Ley Sáenz Peña. El fervor despertado en las calles por las elecciones era tan fácil de advertir que incluso la movilización anual de los Círculos de Obreros creció esa vez más de la cuenta: desde la Plaza de Mayo hasta el Congreso, y desde allí, por Callao hasta Santa Fe, para culminar finalmente en la Plaza San Martín. Significativamente, *La Prensa* escribió: “la manifestación [...] recuerda a las grandes demostraciones populares realizadas algunos días antes de las últimas elecciones”²⁷. Por otra parte, la estrecha relación que los Círculos tuvieron con el Partido Constitucional (católico), que se plegaría al yrigoyenismo en las presidenciales, hizo que no permanecieran al margen de la intensa movilización electoral de ese año. Este clima de efervescencia popular, de la mano de la democratización social y política que supuso la apertura electoral, tuvo hondo impacto en los Círculos de Obreros, que a partir de allí incluyeron en su agenda algunas novedades importantes.

²⁷ La cita de *La Prensa* fue republicada en “El imponente desfile del domingo”, *EP*, 21 y 22 de mayo de 1916.



En primer lugar, se lanzaron a un abierto compromiso con la ocupación de las calles y las plazas públicas, como revela el hecho de que pusieran en marcha las así llamadas conferencias populares, una novedosa experiencia que se desarrolló en Buenos Aires de la mano de diversas parroquias y asociaciones católicas. Los Círculos fueron un ingrediente clave para su forja y desarrollo, puesto que contaban con excelentes oradores, bien de barricada, imprescindibles para este tipo de experiencias. Las conferencias sacaron el catolicismo a la calle y lo acercaron a barriadas humildes, con la idea de interpelar directamente a los sectores populares. La primera de estas singulares conferencias callejeras se celebró en Avellaneda, parroquia de perfil netamente obrero. A partir de allí se expandieron por las diferentes parroquias de la ciudad. En estas tribunas improvisadas, cuyo público estaba compuesto por hombres de la calle, los diferentes oradores, tanto laicos como sacerdotes, salían a la calle a foguearse frente a un público que a simple vista podía resultar indiferente, cuando no hostil. A los propagandistas les bastaría con subirse a un cajón que hacía las veces de tarima y perorar a viva voz: para bien o para mal, llamaban la atención de los transeúntes. Esta escena se repitió en distintos barrios, a veces marginales. Los católicos solían precaverse de los peligros que entrañaba la excursión a los barrios bajos, inseguros, por medio de una "guardia de honor" compuesta por ex alumnos salesianos, por ejemplo, que les sirviera de protección. Más de una vez las conferencias fueron objeto de incidentes violentos en diferentes escenarios de la ciudad, provocados por socialistas, o acusados de tales por los católicos, que los interrumpían con gritos subidos de tono. No es de extrañar que los "valientes de sotana" —según se los llamaba en la retórica católica— fueran hostigados sistemáticamente por *La Vanguardia*. Debido a todos ello no tardaron en despertar suspicacias, incluso dentro del propio catolicismo: fueron cuestionadas por su lenguaje directo, descuidado, en ocasiones pendenciero, tanto que se consideró necesaria la intervención de la autoridad eclesiástica para disciplinar sus actividades y prevenir eventuales desbordes.²⁸ De hecho, los Círculos de Obreros azuzaban abiertamente la polémica con el socialismo: discutían e insultaban al diario *La Vanguardia* en sus mítines, hacían campañas de afiches, etc.²⁹

En este contexto, se dieron una serie de cambios estructurales que apuntarían a transformar de raíz el perfil tradicionalmente paternalista de los Círculos de Obreros, del que aún no habían podido deshacerse del todo, puesto que sus vestigios permanecían residuales. La reestructuración interna había recibido sus

²⁸ "Excesos de mozalbetes irresponsables, especie de mazorca", según Fray Genaro de Rapagnetta, *Levantando el velo. Por qué Monseñor de Andrea no puede ser Arzobispo de Buenos Aires*; Buenos Aires; 1924.

²⁹ *El Pueblo*, 10 y 11 de abril de 1916; 23 de febrero de 1918.



primeros impulsos en 1912, con el cambio de gestión que supuso la llegada de Bunge y de De Andrea a los puestos jerárquicos de la institución, y se afianzó luego de 1917 una vez que los Círculos se lanzaron a la conformación de los primeros sindicatos, que se nuclearían en la Federación Profesional Argentina. (Puesto que los Círculos eran remisos a organizar sindicalmente a los trabajadores, la iniciativa tardó mucho en arraigar; de todas maneras es necesario reconocer que la FPA era toda una innovación que se propusiera instaurar la representación obrera por rama de actividad, como si se tratara de "gremios de verdad" (sic), según se dijo en la reunión inaugural de esta nueva entidad gremial católica.³⁰) No es de extrañar que en las movilizaciones de los Círculos de Obreros adquirieran a partir de aquí creciente centralidad los reclamos sindicales y laborales: jubilaciones para trabajadores (ferroviarios, gasistas, entre otros), leyes que regularan el funcionamiento de las agencias de colocaciones, la plena vigencia de la ley de Casas Baratas que había sido impulsada por Bas y Caferatta, el reclamo de restringir la exportación de alimentos a fin de que no se encarecieran los precios en el mercado interno, entre distintas demandas de contenido social y obrero que enarbolarían a partir de 1916.³¹ Pero sin duda el cambio más significativo fue el que se verificó en la composición de la propia asociación católica, puesto que por primera vez se admitió el reclutamiento de obreros para los cargos directivos de la asociación. Ello hizo posible en 1920 que Carlos Conci —obrero gráfico además de exaltado propagandista socialcristiano— fuera designado jefe de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros: por primera vez en su historia, los Círculos pasaron a estar dirigidos por figuras provenientes de la clase obrera, lo cual ayudaría, se supone, a barrer con el carácter paternalista al que habían estado atados desde su fundación en 1892. Se habló, de hecho, de una depuración en el seno de la propia institución porque —se admitía— en sus orígenes los Círculos habían sido netamente "conservadores".³² (No debe leerse esto, por supuesto, como un corrimiento de los Círculos hacia la izquierda, puesto que los Círculos adhirieron sin vacilar a la Internacional Blanca, conformada por partidos conservadores y cristianos en Europa en la primera posguerra, con el neto propósito de contrapesar el influjo de la revolución soviética.³³ En este sentido, no es casual que los Círculos encabezaran una colecta por la Rusia "martirizada por los bolcheviques", en el transcurso de 1930. El cambio nada más involucró a la composición social de los dirigentes, que ahora tendrían un perfil menos elitista, más plebeyo.)

³⁰ "Federación Profesional Argentina", *El Pueblo*, 2 de agosto de 1917, p. 1; *El Pueblo*, 12 de mayo de 1917.

³¹ *El Pueblo*, 18 de noviembre de 1916; *El Pueblo*, 17 de mayo de 1917, entre otros ejemplos.

³² *El Pueblo*, 5 de agosto de 1923.

³³ *La Obra de los Círculos de Obreros. Características. Organización. Programa*; Junta de Gobierno; Buenos Aires; 1925.



Todos estos cambios repercutieron en el estilo de las movilizaciones que los Círculos realizarían en el espacio público a partir de esta fecha. Un dato elocuente en este sentido fue que a partir de 1921, y por iniciativa de Carlos Conci, los Círculos comenzaron a celebrar en las calles, con movilizaciones públicas en calles céntricas, el 1 de mayo, en un neto afán por arrebatarse a las izquierdas la celebración de esta fecha. La movilización iba acompañada además de petitorios que entregarían al Congreso Nacional donde se reclamaba, en nombre de la justicia social, leyes que regularan la jornada de trabajo y los salarios, además del descanso dominical porque, se argüía, las disposiciones vigentes rara vez se cumplían en la práctica. La convocatoria de los Círculos para el 1 de mayo tuvo altibajos a lo largo de los años veinte, pero en todos los casos se procuró otorgarle presencia en las calles, con oradores de barricada como el aguerrido sacerdote Dionisio Napal y el joven Virgilio Filippo, movilizaciones céntricas, ocupación de plazas, consignas militantes aguerridas, símbolos nacionales y toda la parafernalia de la incipiente política de masas de la época, que incluía banderas, tribunas, oradores previamente designados, etc. Entre las consignas que se utilizaban para movilizar las filas se contaban "dar por Cristo la cara", "Proletarios del mundo, uníos en Cristo", entre otras. Se trata de consignas que, como puede advertirse, apelan a la masculinidad de sus participantes. El hecho de que desde 1920 sus autoridades estuvieran conformadas por personas de origen social propiamente obrero reforzó su carácter viril, puesto que no estaba en manos de caballeros aburguesados, como antaño, sino de trabajadores que podían ofrecer una imagen de mayor reciedumbre. En los años sucesivos, no tardaremos en encontrarnos con el lamento de Leonardo Castellani por la excesiva feminización del catolicismo, al precio de poner en jaque su virilidad, un lamento que calzaba bien con el aire que se respiraba en una tradicional asociación masculina como los Círculos de Obreros.³⁴ En este sentido, véase un aviso por el cual los Círculos invitaban a asistir a una de sus habituales movilizaciones, que no iba dirigida a sus socios pura y exclusivamente, sino a todos los varones católicos:

“¿Es Ud. hombre de pelo en pecho? ¿Capaz de enrostrar a sus adversarios que le escarnecen y que se burlan por su piedad, por su fe y por su doctrina? Forme en las filas de los Círculos de Obreros. [...] Ud. y sus amigos no deben faltar a esta cita de honor. Que nadie falte.”³⁵

³⁴ Caimari, Lila; "Sobre el criollismo católico. Notas para leer a Leonardo Castellani"; *Prismas. Revista de historia intelectual*; N° 9.

³⁵ "Aviso", *El Pueblo*, 29 de marzo de 1923.



Si estas eran algunas de las consignas a las que apelaban para movilizar sus filas, está claro que la apropiación del 1 de mayo como fecha de alto valor simbólico para la movilización obrera católica no podría despojarse de su aspecto militante y combativo. Sin embargo, al mismo tiempo también procuraban darle respetabilidad a una fecha clave para la movilización obrera que en el pasado había permanecido asociada a la violencia, imagen que ahora se quería dejar atrás, gracias a la incorporación de valores y símbolos nacionales en el festejo obrero católico. "Por todo ello, los Círculos de Obreros han visto con agrado la generalización de la Fiesta del Trabajo y han aplaudido el acto por el cual los poderes del Estado [...] la han aceptado y reconocido oficialmente".³⁶ Una sucinta explicación del sentido de estas movilizaciones aclaraba este punto:

"A medida que se cristianizaba, la fecha [1 de mayo] iba perdiendo su característica netamente revolucionaria, para ser aceptada sin reservas por los obreros que tienen inscriptos en su programa los principios de la democracia cristiana [...]"

Fue así que se preparó una movilización y desfile por la vía pública, previas conferencias y concentraciones, finalizando con una exteriorización de fuerzas en la Plaza del Congreso que se levantaron dos tribunas para los oradores. Era la primera vez en la Argentina y seguramente en América que en el día 1 de mayo masas obreras desfilaban por las calles precedidas por la bandera nacional y que, una vez concentradas, dejaron oír con voces marciales y viriles la canción patria. [...] De los balcones y aceras partieron abundantes los aplausos y las flores, estas últimas arrojadas por manos femeninas.³⁷

Si el intento de hacer suya la fiesta obrera llevaría a que en los Círculos recrudesciera en la década de 1920 tanto la movilización de masas como la retórica militante, de barricada, con especial éxito entre los sectores más jóvenes del movimiento socialcristiano (no es casual que en 1930 los Círculos de Obreros se lanzaran a proyectar la fundación de su rama juvenil que más tarde sería establecida con el nombre de Vanguardias Obreras Católicas), de todas formas ello no sería suficiente para darle a los Círculos de Obreros un papel protagónico en el catolicismo de masas propio de la década de 1930. Cabe aventurar que su carácter netamente masculino fue un fuerte obstáculo en este sentido. En la década de 1920, las mujeres

³⁶ "Los Círculos de Obreros y su concepto del 1 de mayo. Un manifiesto público", *El Pueblo*, 29 de abril de 1926.

³⁷ Repetto, Norberto S.; "Fiesta de guerra trocada en fiesta de paz"; *El Pueblo*, 1 de mayo de 1930.



católicas ganaron intenso protagonismo en la movilización callejera (ya fuere la rama femenina de la Unión Popular Católica Argentina, la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, entre otras asociaciones católicas que le confirieron a la mujer un lugar protagónico, incluso en puestos directivos y, más tarde, en la década de 1930, en la Acción Católica Argentina, cuya rama femenina fue muy influyente en las jerarquías eclesiásticas), pero los Círculos se mostraron igual de remisos que atañó a acogerlas en su seno. El protagonismo femenino de muchas de las columnas que asistieron al Congreso Eucarístico Internacional de 1934 como se advirtió en las fotos del evento, donde abundaban las mujeres cubiertas con mantilla, era todo un desafío para las organizaciones de varones: de hecho, en el marco del Congreso, los hombres tan sólo conservaron un espacio propio y exclusivo en la procesión y comunión nocturna que se celebró en una de las veladas más recordadas de aquel evento.³⁸

Epílogo

Las transformaciones sucedidas en el seno de los Círculos de Obreros en las primeras décadas del siglo XX son sintomáticas de lo que a más vasta escala se estaba produciendo a su vez en el catolicismo todo. Un proceso a través del cual una asociación de varones, que se conformó en estrecha vinculación con las elites socioeconómicas del país, terminó democratizándose contra su pesar en su funcionamiento interno, lo cual abrió el paso a que en las cúpulas directivas se integraran personas provenientes de una extracción social más propiamente obrera. Se trata de obreros y afiliados que atravesaron el proceso de integración a una mutual de carácter interclasista, que a su vez se caracterizó, también, por recalcar y transmitir valores nacionalistas y masculinos a través de sus rituales, movilizaciones y otras expresiones de pedagogía cívica practicada dentro de una asociación que no descuidaba, entre otras cosas, la formación moral de los socios. Y naturalmente, estas transformaciones se hicieron visibles, también, en la fisonomía de las peregrinaciones y movilizaciones públicas: si hasta los años de la Primera Guerra Mundial los Círculos solían sacar a la calle sus figuras más conspicuas, compuestas por caballeros ataviados de galera y guantes, muy cercanos a las élites sociales y políticas, con el correr de los años, y en especial luego de la Ley Sáenz Peña y la democratización que le sucedió, las columnas se volvieron menos solemnes, más plebeyas, incluso más recias, de ahí que cobraran creciente protagonismo los jóvenes —en este sentido, la masculinidad como variable debe ser también tenida en cuenta, en sus vínculos con el nacionalismo de entreguerras—.

³⁸ Al respecto: Lida, Miranda; "Los Congresos Eucarísticos en la Argentina del siglo XX"; *Investigaciones y Ensayos*; N°58; 2009.



En este trayecto, los Círculos de Obreros perdieron gravitación en la esfera pública católica, puesto que si en el 900 componían la asociación de varones más nutrida y mejor organizada del país, en las décadas de 1920 y 1930 quedaron sobrepasados por la Unión Popular Católica Argentina y la Acción Católica, dos asociaciones que le concedieron a las mujeres católicas un lugar protagónico, que sin duda venían reclamando desde años atrás pero que no habían podido encontrar en el seno de los Círculos de Obreros. En este sentido puede explicarse por qué las grandes movilizaciones católicas de la década de 1930 mostraron a los Círculos de Obreros en un lugar relativamente descentrado. Así, pues, una organización que en el catolicismo del 900 había sido clave para sacar el catolicismo a la calle en compactas columnas quedó superada *vis-à-vis* las transformaciones sociales de entreguerras, que dieron lugar a una dinámica de movilización social y política propia de los más modernos centros urbanos.

Bibliografía

Auza, Néstor Tomás; *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*; Docencia- Don Bosco-Guadalupe; Buenos Aires; 1987.

Caimari, Lila; "Sobre el criollismo católico. Notas para leer a Leonardo Castellani"; *Prismas. Revista de historia intelectual*; N° 9.

Castro, Martín; "Contra la apatía de los buenos: católicos y política partidaria en la ciudad de Buenos Aires, 1902-1918"; *Boletín PolHis*; N°11; primer semestre de 2013.

Coni, Emilio; *Higiene Social. Asistencia y previsión social. Buenos Aires caritativo y previsor*; Imprenta Spinelli; Buenos Aires; 1918.

De Andrea, Miguel; "Europa, la Argentina, la familia"; *Obras Completas*; vol. 3; Editorial Difusión; pp 163-164

Devoto, Fernando; "De nuevo el acontecimiento. Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912"; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*; N° 14; 1996; pp. 93-113.

Devoto, Fernando; *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*; Siglo XXI; Buenos Aires; 2002.



González Bernaldo de Quirós, Pilar; "El momento mutualista en la formación de un sistema de protección social en Argentina: socorro mutuo y prevención subsidiada a comienzos del siglo XX"; *Revista de Indias*; N°257; 2013; pp 157-192.

Lida, Miranda; *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo*; Edhasa; Buenos Aires; 2013.

Lida, Miranda; "Los Congresos Eucarísticos en la Argentina del siglo XX"; *Investigaciones y Ensayos*, N°58; 2009.

Payá Carlos y Eduardo Cárdenas; *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*; Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1978.

Pía Martín, María del Carmen; *Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario- Buenos Aires, 1892-1930*; Tesis de doctorado; UNR; 2012.

Rapalo, María Ester; *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria 1918-1930*; Siglo XXI; Buenos Aires; 2012.

Roselli, Silvana; "Catolicismo social en el obispado de Pablo Padilla y Bárcena. Tucumán, 1897-1921", *Segundas Jornadas de Historia Social*; La Falda; 2009.

Vidal, Gardenia; "Ciudadanía y asociacionismo. Los círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912"; *Revista Escuela de Historia*; Universidad Nacional de Salta; N°5; 2006.

Zimmermann, Eduardo; "Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916"; Sudamericana- Universidad de San Andrés; Buenos Aires; 1995; pp. 74-78.

Recibido: 12 de Agosto de 2016
Aceptado: 26 de septiembre de 2016
Versión Final: 6 de diciembre de 2016

